

EL CHE Y LA ETERNIDAD HISTORICA

Carlos Morales Morales

Filósofo
Costa Rica

Es lo humano más parecido a un hombre lo que veo en el Che, cuando pienso en los últimos cuarenta años de la historia de América Latina. Es imposible mirarla y entenderla sin él. Y viceversa: es imposible reconocerlo sin ella. Está firme en la esencia del devenir de nuestros pueblos, respecto a la determinación avasalladora del capitalismo y su imperio político. La exigencia de destino propio, libre, sin imposiciones externas de ningún tipo es lo que demandan estas naciones desde la colonia; y es también lo que exige este hombre desde la inmensa ternura de sus intensos ojos negros. Aquí está, pues, la esencia de su personalidad y el fundamento de su grandeza.

Esto es lo que sus enemigos de clase no resisten: la grandeza que el posee en las naciones de estos países. Y, aún muerto, se lanzan contra su imagen impulsados por un odio alimentado en feroces profundidades metafísicas. ¿Queréis conocer la capacidad absoluta de odiar? Vedlos a ellos y aprenderéis la forma en que el corazón puede contener un odio infinito para aniquilar a una persona. No hay que ir lejos. Basta con detenerse en la página 15 de **La Nación** de las últimas semanas de julio de este año de 1997, para percibirlo. Ahí Montaner y sus amigos costarricenses demuestran esa capacidad, al oponerse obstinadamente al artículo de don Manuel Formoso en torno a la infinita capacidad de amar que poseía el Che a lo largo de su vida.

Pero volvamos a su grandeza. A sus detractores de clase lo que mueve a destruirlo es que saben que ya es eterno como los grandes luchadores de la América nuestra. Desde Caupolicán hasta Martí y Sandino o desde Presbere, Mora y Cañas, Pancha Carrasco hasta don Joaquín García Monge y Carmen Lyra.

Igual que ellos, viviendo ya en una eternidad histórica, el Che se ha de mantener a lo largo de la historia real de Latinoamérica. Ya no podrá morir porque se encuentra cubierto por una ley no escrita de la historia: la permanencia perpetua de ciertas obras humanas. Se refiere esto a todo aquel producto humano que siempre está presente en

la temporalidad de la cultura. Cualquier autor político, científico, filosófico, religioso o artístico cuya producción penetra en profundidad lo cardinal de la vida de una época, siempre permanece en lo que viene posteriormente y, por ello, no muere. Posee ya inmortalidad histórica. Mora y Cañas dos de los grandes de la historia nacional, muertos en un oscuro asesinato de la clase dominante, estarán, en Costa Rica, por siempre, señalándonos la grandeza de poseer una conciencia y posición nacional, soberana, patriótica y anti-imperialista que por primera vez se dio en la historia del país.

A esto llamo yo inmortalidad histórica. Un desmedido esfuerzo humano por alcanzar lo fundamental de la vida, lo absoluto de la existencia, para decirnos cómo es y como debe ser la vida de los hombres y de las mujeres. Esto es lo que permite a la producción humana convertirse siempre en vigente.

Es necesario afirmar que en este tipo de creación siempre hay ya algo de futuro contenido en ella. Y esto que hay de futuro en ese resultado es lo que la vuelve inmortal y perpetua en la cultura humana. En esto consiste la esencia de lo clásico: la capacidad de decir o hacer algo interesante y sabio para todos los presentes del porvenir. Esto significa que toda obra histórica cuando se vuelve perpetua en el tiempo lo hace porque ha logrado vencer la fugaz finitud del presente.

Lo anterior nos la aclara el siguiente ejemplo. **El Quijote** -libro de asidua lectura del Che- texto de ficción literaria que ataca incansablemente todo lo atrasado y negativo de su época, a las exageraciones caballerescas, a la religión inquisidora, a la justicia brutal del capitalismo naciente en la península, pero, en especial, a la decadencia y mediocridad de la vida española al finalizar el Renacimiento; pero además, lo más importante de la novela: el constante mensaje al futuro: un hombre no nace superior se hace superior a través de su acción y de sus obras, y se es más grande que el otro porque hace más que el otro. Pero lo fundamental de todo ello, lo que hace al Quijote inmortal es su constante lucha social por afirmar, en la tela del acontecer histórico, los altos ideales nacidos desde lo más hondo y misterioso de su personalidad. El Caballero de la Esperanza no se conforma con lo que hay en su época de negativo. No sólo busca incansablemente a una sociedad de oro en la que hombres y mujeres hayan dejado sus tristezas y su abyecta existencia de la sociedad real ferozmente capitalista en la viven. Por eso es que el Quijote no se consuela en la contemplación de sus ideales y, entre ellos, su eterna creencia en Dulcinea. Va hacia la acción combatiendo aquella brutalidad social de su época que hace menesterosos a los hombres y mujeres, para transformarla en dignidad humana plena. Aquí está, pues, la eternidad del «*Caballero de los Leones*»: Buscad siempre, aunque parezca imposible, construir sobre la tierra lo más alto de la dignidad humana.

Aunque no es mi intención quijotizar al Che, a él le cuadraba utilizar ciertas imágenes que lo acercaban al gran personaje cervantino. «Siento ya el costillar de Rocinante» decía en su última despedida a sus padres, cuando se dirigía al combate en las selvas y montes de Bolivia. Como el Quijote, no resistía las brutalidades y prosaísmo de la vida burguesa. En su análisis riguroso, materialista histórico, había visto que el destino de hombres y mujeres estaba inclinado hacia lo miserable de la

postración. Hacia un destino que no era el suyo sino el determinado por el Imperialismo. No sólo conoció esta vida sin dignidad y grandeza sino que la vivió, la sintió de lado a lado. Fue un gran aporte para el marxismo. Para entender a un pueblo no basta con científizar sus leyes. Hay que vivirlo. Mamar sus sueños y sus angustias, sus esperanzas y sus miserias. Y sobre esta ciencia y vivencias crear su ideal más alto de libertad e ir, por ello, hacia la práctica social, incansable e insobornablemente.

Si ahora los que vivimos nos damos cuenta del tipo de mundo al que combatió, tenemos que confesar que es un gigante de la política revolucionaria de nuestra región. Sin el Che vivo Latinoamérica es, ahora, menos idéntica a sí misma. Menos apropiada de su ser y de su dignidad. Y más invadida de la banalidad, del estilo de vida burgués.

En este modo de cultura como lo dicen sus grandes científicos, lo espiritual es una hoquedad sin sentido. Se afirmó esto al inicio del siglo. Ahora al finalizar la centuria esa vacuidad se percibe sensiblemente, en una vida personal que se *reduce* a comprar, vender y consumir, consumir irresistiblemente. Como si el alfa y omega de la vida se redujera a eso.

Lo que hay como espíritu es una satisfacerse con lo mediocre de la suavidad de existencia, con lo *light* como destino. Pero también aceptar en lo interior la motivación de que no vale la pena luchar por lo más elevado del hombre y de la mujer, sino aceptar la desesperanza impuesta por el mercado neoliberal y globalizado. Somos mediocres, miserables. Nos contentamos con padecer o sufrir lo que nos da la televisión o la realidad virtual, con sus santidades enlatadas, o con sus princesas agobiadas por «*Paparazzi*». Es decir, vivimos en una cultura que promueva la vida reducida al brillo de feria, ordinario y de hojalata. Lo absoluto ya no está en el misterio del ser y el crecer humano, sino en lo determinante esencial de la mercancía.

¿Comprendemos ahora la grandeza y eternidad del Che? Su lucha era porque no viviéramos esta enfermedad de ausencia axiológica del yo, que es lo que la burguesía y sus políticos quieren en su afán de dominio.

Con la intención de que valoremos la acción de gigantes que realizó el Che, veamos la miseria espiritual a la que el neoliberalismo, a través de sus dos principales partidos costarricenses, nos ha conducido: Tiene que estar el alma llena muy llena de desesperanza cuando alguno de los principales hombres de letras y filósofos, al ser convertidos en ministros o diputados solo hacen y dicen tonteras. Más preocupados por mantenerse en el Poder que por levantar el nivel axiológico y vital de su pueblo.

Pero el problema es mayor cuando al observar las políticas educativas de este país, las que construyen y catapultan al ser de un pueblo, nos encontramos con lo siguiente: Una Educación Superior donde se impone el dominio técnico y tecnológico por encima de lo más importante de todos los tiempos: la formación espiritual y la actitud humana.



Los dirigentes actuales aunque verbalmente afirmen lo contrario, la verdad es que, al trimestralizar o cuatrimestralizar el proceso, sacan lo formativo -que siempre cuesta y dura más- y afirman lo informativo. Un profesional puede tener un buen dominio del resultado científico en su área y de sus modelos empíricos. Inclusive puede llegar a ser un físico o astronauta pero, sino ha sido formado en el severo balance de los problemas primordiales -que siempre son más importantes que los científicos- en los que viven el mundo actual y, en especial, la mediocridad y miseria burguesa, no tiene radical importancia para la vida de nuestros pueblos. Y sí, además, este profesional creado en estas Universidades no ha realizado un sopesado e intenso análisis del *destino* de América Latina, ¿qué sentido tiene para nuestros pueblos sacar a un especialista que no muestra ningún interés por el ser latinoamericano y su destino. Si para él, en última instancia, lo definitivo de su vida ser aceptado por el mercado globalizante.

Por último, lo más degradante. La Educación primaria y secundaria de este país nuestro, en lugar de preparar al individuo, para vivirse como ser humano digno, se esfuerza constantemente por hundirlo en un tecnicismo desesperante y mediocre. La constitución es tajante en esta cuestión. Manda a que los hombres y mujeres de esta nación se eduquen en el horizonte del crecimiento humano. Pero sus dirigentes actuales se preocupan por hacer a los hombres y mujeres eticamente más menesterosos y menos parecidos a sí mismos.

Un ejemplo final nos señala esto. Uno de los principales novelistas que leen en la enseñanza media es **Unica mirando al mar**. Una obra mediocre escrita para hacer más mediocre al lector, si no utiliza la crítica personal para desenmascarar el pesimismo idiota y el profundo reaccionarismo que ella posee. ¿Cómo puede aspirar un joven estudiante a salir de la miseria si *Unica* y sus amigos le dicen que es imposible? Que, aunque se proteste, nada se puede hacer sino seguir alimentando el alma con la podredumbre de la burguesía. A lo sumo. Se puede protestar un poco y nada más. *Transformar* algo la situación, jamás.

Hay que quedarse quedito consumiendo la podredumbre y cuando ya el corazón no resista esta inmundicia de la mediocridad, la miseria de la existencia, dejarse morir, como *Unica*, frente al mar. ¿Cómo puede un joven espíritu alimentarse con lo más elevado y digno, si se le da lo pequeño y miserable, lo cerrado y sin destino superior, como la meta fundamental de la vida?

Y eso es lo que buscan los principales promotores de la educación de nuestro país. Jóvenes técnicos que no cuestionen en profundidad, que no busquen constantemente una nueva salida y, en especial, que no busquen el medio concreto de traerse abajo los fundamentos de esa mediocridad. En una palabra: que no nazcan jóvenes sino viejos, adocenados y disfrutando las mismas miserias de la que se alimentan los adultos.

Es necesario sacudirse eso y orientar a los jóvenes sobre la senda de Guevara. Por lo menos a tener la actitud de crítica, de denuncia, de rompimiento con el prosaísmo de la vida, de desenmascaramiento de lo mediocre de la cultura burguesa. Esto significa volver a aproximarse a la grandeza del Che. A lo que Sartre comprendía como «*el hombre más completo de nuestro tiempo*» y que yo considero como lo humano, más humano, creado por el corazón de un hombre.